

[fuente: *Revista Española del Pacífico* no. 12, 2001]

Reseña del libro

<b>Título edición castellano</b>	<i>Imágenes del espíritu: Shinto, budismo, yoga</i>
<b>Título original</b>	<i>Images de l'Esprit. Shinto. Bouddhisme. Yoga.</i>
<b>Primera edición</b>	1960
<b>Autor</b>	Frithjof Schuon
<b>Editor</b>	José J. de Olañeta. 2001. 139 págs.

Alfonso Falero  
Universidad de Salamanca

Se trata de una nueva entrega de la ya progresivamente poblada biblioteca del autor, que se está dedicando a traducir y publicar Olañeta dentro de la colección de esoterismo *Sophia Perennis*. Además se nos anuncia la publicación de otras nada menos que diez obras del autor, noticia estupenda para los seguidores que este erudito en nuestro país. Ya quisiéramos que nuestros editores pusieran el mismo empeño en otros autores sobre temática oriental, de más peso académico, y que echamos de menos en nuestros currículos universitarios. Lo bueno de algunos editores es que publican hasta cierto punto lo que quieren. Lo malo de algunos académicos es que los editores no nos consultan. Pero así son las leyes del mercado. Si usted quiere leer sobre shinto en castellano, tiene muy pocas opciones en el mercado editorial, y los reseñistas nos vemos obligados a leer libros que de seguro no leeríamos si no tuviéramos la obligación libremente asumida de dar cuenta de lo que nuestros editores deciden publicar, para orientar académicamente al posible lector interesado.

Lo primero que hay que dejarle claro al lector es que el libro que reseñamos no está escrito por un especialista ni en shinto, ni en budismo, ni en yoga, sino a lo más por alguien que conoce bien el medio oriente (islam), y que ha creído encontrar las raíces de una sabiduría cosmopolita y meta-cultural. De ahí su interés en todas las grandes tradiciones del Oriente. Nuestro autor (fallecido en 1998) encontró un medio interesado en sus ideas en círculos de la posguerra en Francia e Inglaterra. No se trata ni de un clásico de la *Religionswissenschaft* ni de un contemporáneo ya. El interés en publicar la obra del autor sólo se entiende pues dentro de la tradición que se ha impuesto en nuestro país de interés por el esoterismo, que por desgracia está ahogando la posible introducción de estudios académicamente serios sobre las religiones de Asia Central y Oriental.

En principio, aunar tres tradiciones religiosas como son el shinto, el budismo y el yoga, para encontrar un sustrato religioso común en la sub-esfera del pensamiento simbólico universal es hoy, desde el

punto de vista académico, cuando menos, descabellado. Todavía un estudio sobre las conexiones del budismo original con las prácticas de los yoguis y la subsiguiente incorporación del yoga a ciertas escuelas del budismo chino sería un estudio *creíble*, desde el punto de vista de una historia de las religiones. Pero hacerlo desde el punto de vista de una filosofía de la religión es algo hoy académicamente desfasado, y aún más formar el trío con el shinto es aún más sorprendente. La única conexión entre shinto y budismo pensable se da en el terreno de la praxis histórica, y es imposible pretender encontrar una dimensión metafísica de encuentro entre tradiciones tan separadas y heterogéneas.

Además de un capítulo dedicado a estas tres tradiciones espirituales, el autor ofrece un capítulo introductorio sobre “la mentalidad simbolista”, más relevante y pertinente, a mi juicio. Qué duda cabe que nuestra tradición conceptual europea aún está pendiente de superar el binomio racionalidad abstracta vs. pensamiento mito-poiético, aunque varias tendencias importantes de nuestros días apuntan ya claramente en esta dirección. Antes que los filósofos, han sido los estudiosos del fenómeno religioso quienes han advertido que detrás de los edificios conceptuales que sostienen y apoyan las más diversas prácticas religiosas se dan universos conceptuales tremendamente ricos, que no tienen que envidiar a nuestras mejores filosofías europeas. Schuon refleja una línea de pensamiento ya asentada en las diversas disciplinas que tratan de las religiones. Pero del año 1960 hasta nuestros días ha corrido mucha literatura al respecto y es fácil conseguir ensayos actualizados sobre el tema. El breve capítulo de Schuon, de apenas 9 páginas, es un debate implícito entre el autor y una serie de oponentes a los que va desarticulando (incluido Lévy-Bruhl), para de un modo muy sintético presentar un panegírico en favor del “retorno a lo sagrado”, y demoler la arrogancia del científico y el filósofo europeos que pretenden hacerse dueños, mediante su armamento técnico y conceptual *elevado*, del mundo natural y de todo espacio por conquistar. Un mensaje a nuestro juicio aún no superado en los albores del nuevo siglo en que la destrucción de nuestro medio ya toma ribetes de patetismo descarado, mientras el *hombre* sigue soñando con la conquista del espacio. Pero este es un tema que hoy día se está abordando desde muchos ángulos y no faltan mentes pre-claras para ilustrarnos sobre el tema. Entre los filósofos franceses, en cuya tradición se enmarca la intervención de Schuon, me parece que E. Morin o A. Berque llevan tiempo trabajando en esta dirección. Y en nuestro país, Ch. Maillard está dedicando sus esfuerzos a presentar *otras racionalidades*.

Tomemos como referencia el capítulo dedicado al shinto (“Mitos del Shinto”: 21-60). En Schuon hay que distinguir varios aspectos, si queremos hacer un juicio equilibrado de su valor como pensador de las religiones:

1. Su *discurso* como intelectual. Como tal se incardina entre los críticos de la civilización técnico-epistémica del occidente moderno. Pero no llega a recoger la finura de los análisis

antropológicos de un Eliade, ni filosóficos de Heidegger. Sus fuentes son anteriores. En el caso de Japón, autores de la época Meiji como Okakura Kakuzo (vid. *El libro del té*, profusamente editado y malinterpretado en nuestro país; *The Ideals of the East*, sin edición castellana. Ambas obras de principios del siglo pasado). Lo cual hace que su discurso, sirva o no como fuente documental para autores contemporáneos, no es en sí mismo contemporáneo. Como discurso está tremendamente desfasado.

2. Su *posición* como teórico. Aunque Schuon no defiende abiertamente ninguna escuela esotérica en particular, su comprensión de la Religión como esencia universal de las culturas y paradigma de verdad única, que se manifiesta de múltiples maneras en la diversidad de las religiones históricas es hoy día prácticamente inaceptable, porque la unidad la sitúa en la escabrosa dimensión de la metafísica, y no de la antropología. Desde su planteamiento, el shinto corresponde al *hinayana* japonés que se inserta naturalmente dentro de una óptica más amplia que le proporciona el budismo *mahayana*. Así se explica el problema fundamental de la historia de las religiones en Japón. Sólo que esta idea, aunque no lo menciona explícitamente no es suya original. La ha tomado seguramente de otra de sus fuentes: Anesaki Masaharu (*Mitología japonesa*, Edicomunicación; *History of Japanese Religion*, sin edición castellana). Pero Anesaki pertenece a los budólogos que explican historia de las religiones japonesas (en el caso de Anesaki, *religión*, también como un universal). Por lo cual, el punto de vista resulta sesgado de partida. Así entiende Schuon que en el budismo japonés, más concretamente en el zen, es donde mejor se manifiestan las virtudes del alma shintoísta de los japoneses (59). En Japón no hay, por tanto, varias tradiciones en conflicto, como se piensa hoy, sino una gran tradición que va recogiendo lo mejor de todo lo anterior en perfecta armonía de trazos espirituales. I. e. justo lo que defendían los teóricos del japonismo de Meiji. No en vano otra de las fuentes de Schuon es Inazo Nitobe, el autor del *Bushido*, otrora publicado por Millán Astray y hoy sin reedición en nuestro país.
3. Su *método* de interpretación de los mitos. Ateniéndose a la escuela simbolista que defiende que los mitos de la humanidad son la versión narrada de los símbolos, y éstos son universales, Schuon no tiene reparo alguno en comparar lo incomparable. Traducir la mitología japonesa partiendo del desconocimiento de las circunstancias históricas de su génesis y de su construcción mito-política es hoy inaceptable como ejercicio hermenéutico. En una época fue habitual, sin embargo. Así, a Schuon no le interesan los avatares históricos que se entremezclan con la producción de las mitologías, porque ése no es más que el aspecto humano, lo desechable por el hermeneuta. Lo que importa es el significado último del valor simbólico de cada uno de los episodios míticos. Y ese significado Schuon ya lo conoce de antemano. La mitología japonesa no puede enseñar nada nuevo, pues no es ésa la función de las mitologías. Se trata por tanto de un ejercicio igual al del intérprete de los sueños que conoce ya las claves de antemano. Por eso Schuon interpreta uno a uno los párrafos centrales de los mitos cosmogónicos de Japón para ilustrarnos sobre su

verdadero significado, que es el mismo de todas las demás mitologías. Así, al no conocer los mitos de primera mano, se tiene que guiar por intérpretes hasta del s. 18. El resultado son algunas conexiones absolutamente estrafalarias, como la de la diosa Izanami con Eva, nuestra progenitora bíblica, y otras más coherentes, como la coincidencia formal entre algunos mitos japoneses y otros hindúes e incluso griegos (el nacimiento del mundo por vía del sacrificio del cuerpo de un dios, o el tema del descenso a los infiernos en Orfeo y Eurídice). Como Schuon compara sin cortapisas, hay que concederle un gran ejercicio de intuición, que quién sabe, puede proporcionar alguna clave para el futuro de los estudios de mitología japonesa.

4. Su *dependencia* documental. No vamos a repetir que el mayor problema de Schuon es que no habla como especialista de religiones tan abstrusas como el shinto. depende por entero de sus fuentes. Y tales fuentes, por desgracia, no son más que unos cuantos manuales muy anticuados, que hoy día ningún estudioso del shinto cita como documentos de primera mano. La lectura de los libros mitológicos no se debe hacer si no se está ayudado por un especialista, y Schuon se vale de intérpretes de pre-guerra, los más modernos, que no tienen reconocimiento como tales en nuestros días.

Por todo ello, si el lector está interesado en la mitología japonesa, le recomiendo leer a N. Naumann, *Antiguos mitos japoneses* (Herder), y no perder el tiempo con nuestro autor. Si le interesa el budismo, hay muchos textos serios que van siendo publicados por Paidós o Miraguano. Y si le interesa el hinduismo, la referencia sin duda es Trotta.

En Paidós se había publicado ya un texto de Schuon, de características muy similares al que reseñamos, que llevaba el título de *Tesoros del budismo* (1998), donde también se añade una sección sobre “Sintoísmo” (169-207). Se trata de una traducción diferente del mismo texto que tenemos en Olañeta, sólo que separado en epígrafes. La traducción es, por otra parte, casi idéntica, con lo cual tenemos el texto ya doblemente publicado en nuestro idioma.

Reseñemos un punto final de gran importancia para Schuon respecto al shinto:

hemos dicho anteriormente que el *Tenno* [emperador] es como la encarnación del sintoísmo, pues desciende, a través de Jimmu Tenno, fundador del Imperio, de la Diosa solar *Amaterasu-Omikami*; nos queda hablar de las prerrogativas espirituales que implican este origen y esta función. (199: Paidós. Vid. 52: Olañeta)

Esto es pura *teología* shinto, del tipo que se puede leer en los apologetas japoneses del pasado, y difícil de encontrar ya fuera de círculos académicos shintoístas muy minoritarios. El mundo académico internacional (Japón incluido) ha asumido la *desacralización* histórica del emperador, para bien o para mal. Si hoy se quiere defender el tennoísmo, hay primero que salir al paso de toda la crítica histórica

contemporánea, no simplemente obviarla.

En definitiva, se trata de un texto prácticamente inútil para el estudioso de las religiones orientales, pero precioso para el alucinado con la espiritualidad oriental. Evidentemente, el lector escoge su posición.

Sólo desearía pedir a las editoriales españolas que superemos ya el orientalismo y el esoterismo, y que consulten a nuestros especialistas para formar colecciones que merezcan la pena, como por otro lado está haciendo Trotta, o lleva haciendo Hiperión hace tiempo.

Salamanca, 30 julio 2001